

JOSE MARTI

---

# CUBA HERÓICA

POR

ENRIQUE COLLAZO

---

*Habana; Imprenta La Mercantil*

1912

El malestar que se sentía en el país había repercutido en el extranjero, donde las emigraciones se reanimaban. El "Club de los Independientes", que presidía Juan Fraga, se vigorizaba; los emigrados de Tampa y Key West se agrupaban y organizaban varios Clubs.

Llamado Martí á Tampa, habla y da principio á recoger dispersos; acude á la cita que le dan varios jóvenes, entre ellos Gualterio García, es acogido con entusiasmo y surge la idea del Partido Revolucionario Cubano, que va á formar el nuevo Apóstol.

En New York, Martí da vida á la nueva idea en el "Club de los Independientes" adquiriendo gran ascendiente; á su voz surgen nuevos Clubs, organizados sobre las bases del Partido Revolucionario Cubano; bases que habían sido mandadas desde Key West, y que todos aceptan. En el año 1892, puede decirse que nació y se organizó el Partido, que surgió con organización completa, provocando extraordinario entusiasmo.

Se crean Cuerpos de Consejo en varias localidades, se da principio á las colectas y se establece una contribución fija.

Se nombra una Delegación en New York, para formarla José Martí como Delegado; Benjamín Guerra, Tesorero y Secretario Gonzalo de Quesada.

Tan rápida é imprevista fué la organización, que en los primeros momentos se le dió poca importancia, juzgándola la mayoría como una locura.

Martí se multiplicaba: á todas partes acude; su palabra fácil gana simpatizadores, que le obedecían ciegamente, sin preguntar el uso de los fondos, ni la índole de los trabajos. El hombre personificaba la empresa, y la confianza en él era ilimitada.

Salen para Cuba, Gerardo Castellanos y otros emisarios, á explorar los ánimos.

Los primeros resultados fueron poco satisfactorios. Había elementos dispuestos, pero exigían que se pusieran al frente Máximo Gómez ó Antonio Maceo.

Martí era poco conocido entre la gente de la Revolución, y no les era simpático ni tenían fe en él; á su vez, él tenía contra ellos sus prevenciones, y prefirió dejarlos á un lado.

Con Roloff y Serafín Sánchez se puso de acuerdo en Key West, y en Oriente con Angel Guerra con los hermanos Sartorius, Miró y otros, á quienes la impaciencia y falta de práctica precipitaban sin base alguna, y aún así pretendían adelantar los sucesos.

Era Martí un hombre notable y de condiciones excepcionales: tenía alientos para concluir como un loco ó como un héroe, y terminó

mejor de lo que él había soñado: como héroe y soldado, cayendo en medio del combate, en el fragor de la pelea, con el ruido que sirve de salva á los héroes y á los buenos.

Era pequeño de cuerpo, delgado; tenía en su ser encarnado el movimiento; grande y vario su talento, veía pronto y alcanzaba mucho su cerebro; fino por temperamento, luchador inteligente y tenaz, que había viajado mucho, conocía el mundo y los hombres, siendo excesivamente irascible y absolutista, dominaba siempre su carácter, convirtiéndose en un hombre amable, cariñoso, atento, dispuesto siempre á sufrir por los demás, apoyo del débil, maestro del ignorante, protector y padre cariñoso de los que sufrían; aristócrata por sus gustos, hábitos y costumbres, llevó su democracia hasta el límite; dominaba su carácter de tal modo, que sus sentimientos y sus hechos estaban en contraposición; apóstol de la redención de la Patria, logró su objeto.

Era muy nervioso, un hombre ardilla; quería andar tan deprisa como su pensamiento, lo que no era posible. Subía y bajaba las escaleras, como quien no tiene pulmones. Vivía errante, sin casa, sin baúl y sin ropas; dormía en el hotel más cercano de donde le cogía la noche ó el sueño; comía donde fuera mejor y más barato, ordenaba una comida admirablemente y sin embargo comía poco; días enteros se pasaba con vino Mariani; conocía los Estados Unidos y á los americanos como ningún cubano; quería agradar á todos y tenía la manía de hacer conversiones, así es que no le faltaban desengaños.

Era un hombre de un gran corazón, que necesitaba un rincón donde querer y ser querido. Tratándole se le cobraba cariño á pesar de ser extraordinariamente absorbente.

El éxito de Martí fué tal, que á fines de 1892, ya el gobierno español se preocupó y empezó á tomar medidas para combatirlo.

Su política la fué desarrollando en sus discursos; se mostró benévolo con todas las clases sociales de Cuba, menos con los hombres de la guerra anterior, juzgándolos con ligereza y apasionamiento; estuvo duro y agresivo con ellos y su pensamiento lo condensó en la frase "los pinos nuevos y los pinos viejos."

A consecuencia de ese discurso escribió Collazo á Martí una carta rechazando lo injusto del cargo y rebatiendo sus argumentos con dureza. El incidente, que tomó carácter personal, terminó en los preliminares. Pero poco después, en el año 1893, hizo Martí un viaje á Santo Domingo, y puesto de acuerdo con Gómez, éste publicó una carta dando su conformidad al movimiento; desde ese momento el antiguo elemento revolucionario comenzó á tener fé.

El desarrollo de la conspiración había sido sorprendente en el extranjero; en cambio, en el interior de la Isla, había sido lento, porque inspiraba poca confianza, y sus primeros intentos habían fracasado.

Angel Guerra, que salió comisionado de Holguín para ver á Martí, se enemistó pronto con éste; los emisarios de Serafín Sánchez, que fueron á las Villas, solo produjeron alguna excitación; en Camagüey fué igual; en Occidente no había nada; solo en Matanzas un pequeño grupo, por propia iniciativa, había emprendido algunos trabajos.

Reunidos en el hotel *Roma* Pedro Betancourt, Domínguez, Joaquín Pedroso, Juan Gualberto Gómez y Enrique Collazo, resolvieron mandar al primero á New York para que se avistase con Martí, dándole cuenta de lo hecho, obtener recursos para dar mayor impulsos y entrar en el concierto general. A su vuelta, trajo instrucciones para aquel grupo, que se puso de acuerdo con el doctor Marrero, que venía trabajando en Jagüey Grande.

El trabajo en la Isla tomó pronto gran incremento; la exaltación en algunos puntos hizo que se dieran en el extranjero noticias exageradas, y como el malestar era grande, se dió lugar á intenciones como la de Purnio (Holguín), donde un aviso dado desde Sancti Spiritus, por un agente de Martí, hizo lanzar á los hermanos Sartorius á un fracaso por fortuna poco sangriento.

Los exagerados informes de Zayas y la gente de Cienfuegos, hicieron que Martí mandara á Ezquerria y á Hernández, y se provocó el fracaso de Cruces.

Estos golpes en vago producían dos efectos perjudiciales para la Revolución: envalentonaba á los españoles, que veían en ellos la impotencia de los revolucionarios; á los liberales les probaba que ellos eran los que iban por buen camino y los presentaban al Gobierno como éxito de su política españolizante cada fracaso era para ellos una esperanza de triunfo.

En cambio, en las emigraciones, la noticia del mal avivaba el deseo de aumentar el esfuerzo, despertando mayor entusiasmo; había fe en el triunfo.

Mientras tanto, se completaba en el extranjero la organización del Partido Revolucionario Cubano; se cobraban puntualmente las cuotas; el Tesoro cubano aumentaba; las emigraciones de Tampa y Key West daban un ejemplo notable de abnegación y patriotismo.

A principios de 1894, el General Máximo Gómez, llamado por Martí, sale de Monte Cristi (Santo Domingo), para New York. En Abril del mismo año, de acuerdo ambos, se pone el General Gómez al frente de los trabajos militares de la conspiración y en combinación con los jefes de la pasada guerra, que debían iniciar el movimiento á su debido tiempo en cada localidad.

Los Generales Roloff y Serafín Sánchez, desde Key West, se entendían con los hombres de las Villas; Maceo y Flor Crombet, desde Costa Rica, estaban al habla con los de Oriente; en Santiago de Cuba tenía Martí á Rafael Portuondo, y el General Gómez se comunicaría

oportunamente con Masó y Guillermo Moncada. Holguín y Tunas se entenderían con los jefe de Bayamo y Manzanillo. En Camagüey se establecieron comunicaciones con Salvador Cisneros, Emilio Luaces y Enrique Mola. Las órdenes que se publican á continuación fueron traídas á la Habana por Charles Hernández, que trajo también las de Camagüey, que fueron llevadas y entregadas personalmente por José María Treviño, que volvió después á la Habana.

“Central Valley, Abril 12 de 1894.—Sr. Enrique Collazo.—Mi querido Enrique:—Mi silencio de tan largo tiempo hasta ahora y que tal vez á raíz de tanta labor revolucionaria no tuviere explicación satisfactoria para tí, no lo dudes, era intencional. Tú me conoces y sabes que yo sé ocupar mi puesto llegada la hora, y debía dejar á Martí, que él sin obstáculos ni estorbos realizará la obra estupenda de unificación y concordia de los elementos dispersos de fuera, que deben en un momento dado unirse con el elemento sano y dispuesto de dentro, para salvar á Cuba. A mi entender, ese trabajo está ya terminado, y urge que entremos en el terreno de los hechos positivos.

Así, pues, Enrique, la Revolución, “y esta es mi opinión”, cuenta, en primer término, con dos hombres en Occidente, de los que se encuentran en esas comarcas, que son tú y Carrillo.

Está Pepe Aguirre, pero como yo conozco su carácter exaltado, será expuesto para el mismo saberlo la víspera, y no debes, pues, sino comunicarte en absoluto con Carrillo. Pocas palabras. Arreglen y combinen todo lo que puedan.

Si necesitas armas, pídelas ó mándalas á buscar, pues como ustedes son los que deben asumir la responsabilidad de la introducción, es á quienes toca estudiar y preveer todo para ese caso. O si tú crees que puedes conseguir algunas ahí mismo, aunque costasen más caro, hazlo, porque de ese modo queda más garantida la seguridad. Tú avisarás de la suma que necesites y del modo ó conducto de hacerla llegar á tus manos.

Oye bien, pues esto es lo más importante. De ningún modo deben ustedes mover una paja en Occidente, mientras los fuegos del Centro y Oriente, que yo mismo personalmente pienso dirigir, no les quite mucho enemigo de encima. Pero, ¿cómo nos salvaremos del peligro personal que conocemos, por más quietos que nos propongamos estar con esa situación encima? De un modo sencillísimo: como en tu plan y organización debe estar previamente previsto ese caso, debes tener preparados tres ó cuatro hombres de confianza, bien armados, para que en el momento dado se oculten en el campo, aunque para ello tengas que unirte á Manuel García. Esa situación de espera, que bien entiendo te será angustiosa, debe ser poco duradera, y el estado de la comarca hará conocer la hora ó el momento de hacer sentir tu presencia en el campo. Tomada esa actitud ya lo demás tú sabes

cómo se hace, mucho daño al enemigo, procurando recibir el menos posible.

En cuanto á los métodos y modos, ni una palabra tengo que decirte; conozco muy á fondo tu honradez y pundonor para que puedas tolerarte ningún acto que quite honra y prestigio á la Revolución y manche nuestro nombre.

A otra cosa: un día, no lo olvidaré jamás, en horas tristísimas de mi vida, me tendiste tu mano amiga, hoy se que estás más pobre que entonces, allá, pues, te mando cuatrocientos pesos. Tu familia, cuando quieras y de un modo hábil, para que su salida no te haga sospechoso, haz si quiere que se traslade á Cayo Hueso, pues allí habrá órdenes y medios para atenderla.

Y cerrando ésta con un abrazo, te quiere tu viejo General.—M. Gómez.

Necesito que me acuses recibo de esta carta. Cambia la letra y firma *Agua Verde*.—Serafín Sánchez, en Cayo Hueso, es buen conducto.

Yo estoy muy vigilado fuera.—Gómez.”

“Sr. Enrique Collazo.—Mi estimado amigo:—Con alegría grande cumplo hoy, por medio de la carta adjunta, los avisos que de tiempo en tiempo he enviado á usted, en estricto acuerdo con el desarrollo del plan; seguro á la vez que, vigilante de sucesos que sabía yo bien que á la hora precisa, la de la acción cercana sin demasiada preparación posible, habían de pasar por sus manos. De mi particular gusto en ello, y aún diré que de mi parte en ello, usted tiene ya pruebas bastantes, aunque no llegue tal vez á entender todo el afecto y especial cariño con que veo ésta puesta en usted. “Yo le diré que ustedes como nosotros, me dijo una vez el General Gómez hablando sobre usted, usted lo ha sentido ya y ve en mí un hermano.”

Cuanto dijese sobre otras cosas sería redundante; y va explicado en la carta adjunta, escrita de acuerdo con la Delegación y por ésta suscrita y confirmada. Debo solo regocijarme de que vea usted hoy, ya la certeza de ese sistema de prudencia, concordia y división de trabajo con que en tan breve tiempo hemos llegado de tan poco á tanto.

Tenía usted razón por los engaños y cobardías de la época pasada, en temer que yo, en mi humilde porte, no fuese el hombre de verdad y sencillez que soy, sino un llena páginas, ambicioso y sin riñón, ó que era yo víctima del patriotismo inactivo y de medios literarios, á la obra fecunda y sana que hay que hacer. Pero vea ahora la fuerza y terminará con que se unen sin un solo embozo, ni semilla de separación futura, los elementos necesarios y que á usted mismo pudieran parecer opuestos de la Revolución.

Ni en espíritu, ni en detalle, me separo un ápice del vigor y la nobleza del General Gómez. Así le envié á decir al anunciante, para calmar su duda natural, la situación próxima que hoy le va, la prueba.

Con la fuerza de lo hecho, puedo asegurarle que me empleo ahora mismo cuidando por la Isla y el mismo respeto á las vidas en ellas que he demostrado hasta hoy. Sigo viaje á cubrir mi trabajo verdadero y hacer de camino parte de él. Pero antes voy al Cayo á esperar repuesta de usted, que me puede ir por el portador de ésta, y aguardo con la natural impaciencia.

Por otra mano los 400 pesos que le anuncia el General, y aquí incluyo orden al portador por 75 pesos para que sin peligro á que estaría hoy expuesta cualquier comunicación mía por portador al Camagüey, envíe usted por mano en primera vía, esta carta del General y mía al Marqués. Aquí he aguardado hasta dar con hombre totalmente seguro; pero éste no tiene razón natural para seguir al Príncipe. Usted escogerá allí bien su mensajero, para mayor tranquilidad de usted y para el éxito de los labores; debo decir á usted que de ningún modo intervendré, ni en cosas de acción, armas, etcétera. me he permitido intervención anterior en la organización que allí desea usted darse.

Las personas todas que á mí hayan venido, recibirán recado de ponerse á las órdenes de usted, y solo daré ese recado á gente de toda seguridad. De Matanzas, B, y D. (Betancourt y Domínguez) piden sin cesar armas, sin que hasta hoy vea yo medio cierto de su arribo, ni creo debo obrar en esto aparte de usted, lo cual les dirá usted, que los conoce, si le parece bien decírselo, porque yo no usaré con ellos el nombre de usted si usted no me autoriza. Usted está allí y usted conoce mejor los peligros que hay que obviar. Pero desearía respuesta sobre lo de Matanzas, ó que usted los acalle para que no crean desdén ó debilidad lo que no es más que orden y disciplina. Deseo también su autoridad para hablar de usted á J. G. G. (Juan Gualberto Gómez.)

Para el miércoles próximo de la entrante semana habré llegado al Cayo, y allí desearía hallar respuesta de usted al General y á mí para seguir viaje. Sólo me queda espacio para felicitarlo con calor por su publicación última, que tan eficazmente contribuyó á echar por tierra, en el instante de la arremetida, al único enemigo que verdaderamente tiene la felicidad de nuestra patria; la soberbia incapaz de esos hombres tímidos.

Aguarda impaciente y cariñoso noticias de usted, su amigo, *José Martí.*"

En vista de esas órdenes, Collazo pasó aviso á Francisco Carrillo, que estaba en Remedios, para que viniera á la Habana. Reunidos am

bos y José María Aguirre, se pusieron de acuerdo para dar cumplimiento á las órdenes y activar los trabajos para la Revolución.

José María Aguirre vió á Manuel García, el que se puso incondicionalmente á las órdenes de los comisionados, pidiendo un plazo para terminar sus asuntos.

Por conducto de Eduardo H. Gato, recibió Collazo dos mil pesos oro americano, que, reunido con Carrillo y Aguirre, fueron divididos en tres partes iguales.

De acuerdo con Juan Gualberto Gómez y Pedro Betancourt, se empezó á activar la compra de armas y parque, empleándose para Matanzas á López Coloma y los Acevedo, los que debían entenderse con el doctor Martín Marrero. Aguirre salió para Cienfuegos á preparar el terreno; Collazo mandó emisarios á Vuelta Abajo, que visitarían á Pinar del Río, Bahía Honda y Cabañas, donde había elementos dispuestos á concurrir á la obra general.

La conspiración se hacía tan á las claras, que no parecía fuese cosa seria; la policía perseguía á los más señalados, pero no encontraba rastro alguno, no había reuniones, ni juntas, ni listas, tampoco había denunciadores.

Al General Alejandro Rodríguez Arias, que falleció el 15 de Julio de 1893, le había sucedido interinamente el General José Arderius y García, y á éste el General Emilio Callejas é Isasi, el 3 de Septiembre de 1893.

El General Calleja sentía la conspiración, pero no pudo conseguir dato alguno en qué basar una orden de prisión. Convocó á Palacio una comisión de jefes insurrectos, tratando de sondear la situación, y se le expuso con franqueza el estado de las cosas.

Marcos García le dijo: "Mi lealtad me obliga á ser franco; el país está en tal situación que no hay más que dos caminos: ó el Gobierno dá la autonomía ó viene la Revolución."

Callejas pretendió prender á J. Sanguily, Pepe Aguirre y Collazo, en la Habana, á Miró y otros en Holguín, y consultó á Madrid. El Ministro Becerra le contestó: "Si quiere hacer esas prisiones, para que sean legales, declare el país en estado de guerra."—Callejas no se atrevió á tomar esa medida.

Las personas de posición y los políticos autonomistas no juzgaban que fuera cosa seria; los hacendados á quienes se habló, acogían á los mensajeros con burla ó menosprecio, juzgándolos como locos ó especuladores que explotaban la idea como medio de vivir.

Con objeto de poner en conocimiento del Partido Autonomista la próxima revolución, Aguirre y Collazo, por conducto de Ramón Pérez

Trujillo, pidieron á Antonio Govín, Secretario de la Junta, una entrevista, que se efectuó, aplazando Govín la contestación para ocho días más tarde.

La proposición de los revolucionarios se concretaba á pretender que el Partido Autonomista se disolviera al estallar la revolución; que si ésto se aceptaba, se les iría poniendo al corriente de los progresos de la conspiración.

Nos pareció que á Govín no le disgustó la idea. *El País*, en su parte de fondo, aprovechó la destitución del Alcalde de Cartagena y escribió en sentido favorable, pero bien pronto se declaró claramente contrario y hasta dejó comprender que la combatiría.

En consecuencia, en los periódicos *La Igualdad* y *La Protesta* atacaron á los autonomistas, poniendo de manifiesto su cubanismo de doublé y su españolismo de ocasión, y que no eran ni cubanos de veras ni españoles sinceros.

En el extranjero crecía el entusiasmo y aumentaba la fe en el éxito; el obrero se quitaba el pan de la boca para aumentar el caudal revolucionario, sin dudas y sin vacilaciones. El trabajo se hacía con sigilo y puede decirse que solo Martí sabía lo realizado.

En el mes de Septiembre trajo Gato cinco mil pesos, que se entregaron á Betancourt y Domínguez en presencia de Gato, Juan Gualberto Gómez y Enrique Collazo; como el primero pidió recibo, Collazo lo firmó y se lo entregó. Esa cantidad fué destinada á Matanzas, y con ella se activaba la compra de armas y municiones, que se embarcaban por el ferrocarril de Bahía como efectos de ferretería.

Se compraron algunos para Vuelta Abajo que se remitieron á Santiago de las Vegas, La Güira y Bahía Honda.

Enrique Loynaz había llevado armamentos al Camagüey, y después de introducidas fueron entregadas al Gobierno y perseguido Loynaz, que á duras penas pudo volver al extranjero.

La opinión en el Camagüey estaba muy dividida, como en todas partes. La juventud quería la guerra, pero los hacendados la combatían; Antonio Aguilera y Fabio Freire vinieron á la Habana á pedir que se reforzaran las guarniciones y se recogieran las armas que el General Gasco había repartido para la persecución de los bandoleros.

En Occidente crecía la excitación; en Oriente el fuego estaba latente, pero tranquilos esperaban la orden; en las Villas estaban lo mismo que en Oriente; en Matanzas, como conspiradores noveles, mostraban una impaciencia é imprevisión capaz de ponerlo todo en descubierto.

En Octubre el Gobierno español estaba perplejo, sentía la Revolución; pero no había podido sorprender nada.

A principios de Noviembre, la impaciencia era grande. Moncada,

desde Cuba, decía que la situación era grave, pero que esperaría; Betancourt y Domínguez, en Matanzas, decían á Juan Gualberto Gómez que era imposible esperar; en cambio, de Manzanillo, Calvar y varios dueños de ingenio pedían el retraso hasta el 30 de Noviembre. Pero lo grave venía del Camagüey, se nos dijo que Alejandro Rodríguez había salido á entrevistarse con el general Gómez; que el país no quería la guerra y que le pedían que no emprendiese nada. Se aseguraba que el General no vendría si el país se oponía á la guerra.

Las prórrogas que se habían venido dando sembraron la desconfianza; se temía, además, que el General Calleja empezase á prender; la actitud del Camagüey alarmaba más, pues se temía que el General Gómez, en vista de esas noticias, desistiera.

Por indicaciones de Aguirre y Collazo, se nombró Jefe de Occidente al General Julio Sanguily; y con el objeto de que se entrevistara con el General Gómez y con Martí y le pintara á ambos la situación desesperada de los conspiradores y la imperiosa necesidad de apresurar el golpe, pues parecía imposible que se pudiera esperar más; embarcó Collazo para New York el día 15 de Noviembre.

Collazo se entrevistó con Martí en Filadelfia, á donde éste le fué á esperar; dijo que creía inútil su viaje á Santo Domingo, pues estaba esperando un emisario de Máximo Gómez con plenos poderes, para resolver; que él apresuraba el trabajo todo lo posible. Pocos días después llegaba el apoderado de Gómez. Era éste el Brigadier José María Rodríguez (*Mayía*). Este nos dijo que el viaje de Alejandro Rodríguez había sido en valde, que el General Gómez estaba resuelto á venir á Cuba y que él tenía autorización para resolver en el acto.

A la salida de Collazo, era Juan Gualberto Gómez el intermediario; las cartas de éste eran apremiantes, explicando lo difícil de la situación; pero en cambio, las de Julio Sanguily, en Diciembre, eran más que apremiantes; las de Enero primero eran definitivas: “venga en el acto la orden para sublevarnos, ó habrá que desistir; es imposible esperar más”; además, nos comunicaba Juan Gualberto, con sensatez y calma, el estado tirante y el peligro de fracasar por el retardo, y terminaba diciendo: “manden la orden á Sanguily: comuníquenselo así á Martí.”

Mayía Rodríguez y Collazo nada habían preguntado á Martí, para dejarlo en completa libertad de acción; veíamos la actividad desplegada por él y aquel trabajo constante que lo traía siempre en movimiento; pero juzgábamos que las cartas de Cuba eran verídicas y que el retardo era un grave peligro, y así lo participaron á Martí.

Desde fines de Diciembre, Collazo y Rodríguez habían ido á Jack-sonville, donde, por orden de Martí, permanecían escondidos en el hotel “Duval”, sin saber absolutamente nada, pues no habían que-

rudo preguntar á Martí, que era el único que sabía sus planes, pues tanto Benjamín Guerra como Gonzalo de Quesada lo ignoraban todo también; todo era de Martí.

A los seis días de estar en Jacksonville, vimos llegar á Martí, pero sin acercarnos á él; sólo le pudimos entender: "malas noticias; esperan en el hotel."

Como á medio día llegó Charles Hernández, mandado por Martí, para decirnos que todo había fracasado, y que tanto él como los que le rodeábamos estábamos expuestos á toda clase de peligros, que se necesitaba más prudencia; que permaneciéramos en el hotel escondidos hasta la noche, en que nos veríamos en el hotel "Travellers", donde él estaba, y que lo acompañaban Charles Hernández, Enrique Loynaz y Tomás Collazo.

Tanto Rodríguez como Collazo nada sabían de lo ocurrido; se creyeron culpables por no haber intervenidos en los hechos; y á pesar de la orden no esperaron y fueron á ver á Martí al "Travellers".

Lo encontraron presa de una excitación nerviosa tremenda; su escaso pelo, erizado; sus ojos, hundidos, parecían próximos á llorar: parecía loco; sólo decía: "yo no tengo la culpa."

Cuando los vió entrar, se echó en sus brazos; su dolor era tal que los recién llegados, al ver su estado, comprendieron que algo muy grave ocurría y no tuvieron fuerzas para preguntar nada; solo atendieron á tranquilizar á Martí y darle ánimo; las muestras de simpatía lo calmaron; al fin dijo: "todo se ha perdido; pero tengamos esperanzas; no abandonaremos la empresa acometida con tanta decisión."

Preocupábale á Martí el efecto que la noticia del fracaso haría en el General Gómez, y que pudiera negarse á venir á Cuba en malas condiciones.

Tanto Rodríguez como Collazo aseguraron que el General Gómez vendría á Cuba, cualesquiera que fueran las condiciones.

Todos los presentes hicieron á Martí ardientes protestas; á trabajar de nuevo, fué la voz general. Poco después llegaba Horacio Rubens, el amigo leal de los cubanos en la desgracia, y Gonzalo de Quesada; la vista de estos amigos acabó de hacer reaccionar á Martí.

Quesada, en nombre de su madre política, ofreció dar todas las fianzas necesarias; Rubens puso á disposición de Martí sus servicios como abogado; la llegada de éstos cambió el estado de los ánimos; no había dinero, pero Quesada lo buscaría en las emigraciones del Sur de los E. U. y Martí en Méjico; pero los que estaban en Cuba no podían esperar, y además, tampoco se podía decir la verdadera situación del Partido Revolucionario Cubano, porque temíamos la ruina total del proyecto. El caso era grave; pero no desesperado.

Era preciso burlar á la policía americana que nos buscaba; sacar

á Manuel Mantilla y á Patricio Corona, que habían sido sorprendidos en el vapor *Lagonda*, y á quienes sacó y escondió Charles Hernández.

La policía vigilaba algunas casas cubanas. Por fortuna, Martí y sus compañeros eran poco conocidos. El mismo día salían Martí, Rubens, Quesada y José María Rodríguez para New York; Mantilla y Corona habían salido anteriormente; Loynaz, Charles Hernández y Enrique y Tomás Collazo salieron para Tampa á esperar órdenes de Martí.

## EL FRACASO DE FERNANDINA

Existían en el extranjero tres grupos organizados y esperando órdenes. En Key West, Roloff y Serafín Sánchez; en Costa Rica, Antonio Maceo y Flor Crombet, y en Santo Domingo, el General Máximo Gómez. Todos contaban con el personal necesario.

El momento no podía ser mejor fijado. El Gobierno español, confiado, creyendo en la debilidad é inercia del pueblo cubano, los trabajos revolucionarios en el extranjero no le inspiraban temor; creían que eran farsas para explotar á los tabaqueros de Key West y Tampa; para ellos Martí era un farsante ó un loco, y Gómez un viejo ambicioso ya inutilizado por la edad.

Si el proyecto se hubiera realizado, la revolución hubiera sido un huracán que en plazo corto hubiera acabado con el dominio español.

Se contaba en Oriente con Guillermo Moncada y Masó, unidos con las fuerzas de Holguín; debía, además, desembarcar una expedición mandada por Antonio Maceo y Flor Crombet.

El General Gómez con Martí, José María Rodríguez y Collazo, llevando de Santo Domingo 300 hombres, desembarcaría en Santa Cruz del Sur (Camagüey), que estaba rehacio.

Roloff y Serafín Sánchez saldrían de Key West con una expedición, á desembarcar en las Villas.

Simultáneamente, por tres puntos distintos, surgiría la Revolución; Occidente se levantaría al sentir el fuego en Oriente y Villas, Mandándolo Julio Sanguily y José María Aguirre.

Para realizar esto, Martí se había puesto al habla con Mr. Borden, Cónsul Español y comerciante en Fernandina, con muelles y almacenes propios; él debía ser el fletador de los barcos y el embarcador. Fletó tres yachts de recreo, *el Lagonda*, *el Amadís* y *el Baracoa*; habían sido contratados para viajar por el Golfo de México, conduciendo trabajadores y útiles de agricultura á grandes fincas que se iban á fomentar; el parque, envasado como barriles de clavos, y las armas como arados y útiles; todo estaba depositado ya en los almacenes de Borden.

Maceo había mandado á Patricio Corona, que unido á Manolo Mantilla, llevarían el *Lagonda* á Costa Rica; Roloff y Serafín Sánchez designaron á López Queraltá para llevar el *Amadís* á Key West; Martí, Rodríguez y Collazo llevarían el *Baracoa* á Santo Domingo; los fletes estaban pagados; los capitanes creían llevar trabajadores que iban á tomar á los puntos designados; una vez tomados éstos, se dirigirían á las supuestas fincas.

Cada Jefe de grupo llevaría dos mil pesos, y cuando tuvieran que hacer rumbo á Cuba, se les pondría este dilema á los capitanes:

“Vamos á Cuba; si usted nos lleva, tiene aquí dos mil pesos de prima; si se niega á llevarnos, nos haremos cargo del barco y no daremos nada á usted.”

*El Lagonda* estaba ya cargado en Fernandina, teniendo á su bordo á Corona y á Mantilla (Mr. Martells). Habíamos llegado al día fijado, el barco debía salir ese día, al llegar Martí á Jacksonville. Nada se había traslucido aún y estábamos listos; dos días más y los tres barcos estarían ya navegando; el éxito parecía asegurado.

Casi á la misma hora que llegó Martí, al salir el *Lagonda*, fué detenido por las autoridades; la tripulación trató de botar el cargamento; Corona y Mantilla desembarcaron y se escondieron. La orden de detención fué también para el *Amadís* y el *Baracoa*, que llegaban el mismo día. Detenidos los barcos, se embargaron las armas que tenía Borden.

Todos los gastos estaban pagados; el esfuerzo había agotado el Tesoro Revolucionario; solo quedaban seiscientos pesos. El fracaso era total; la Revolución parecía muerta.

Rubens empezó sus trabajos el mismo día. Quesada dió las fianzas; sin desfallecimientos comenzó el trabajo de nuevo, con actividad y ardimiento.

La causa fué sencilla; al explicar Martí á López Queraltá la forma en que debía llevar el *Amadís*, éste se negó á ir en esas condiciones, diciéndole á Martí: “Tengo un capitán que me lleve sabiendo á lo que va; está hablado y dispuesto.”

“Esto no lo sabía nadie—le dijo Martí,—ha hecho mal en confiarlo á alguien sin advertírmelo; pero ya el mal no tiene remedio. Vamos á ver al capitán.”

Este era corredor y había hecho uno de los fletamentos. Avisó al dueño del *Amadís*; éste dió parte al Gobierno y á su vez al Ministro Español; el Gobierno americano procedió á detener los barcos.

Esa fué la causa del fracaso. Nos quedamos sin barcos, sin armas y sin dinero en los momentos en que de Cuba exigían el alzamiento inmediato; el plan trazado no podía realizarse, nos faltaba tiempo; no se podía avisar al General Gómez, que estaba preparado en Samaná (Santo Domingo).

El Gobierno español, que estaba dormido, despertó asombrado; pero los emigrados se entusiasmaron, no vieron el fracaso, sino la magnitud del esfuerzo, el buen empleo de los fondos, vieron que la Revolución era un hecho.

La sorpresa producida en Cuba por los sucesos de Fernandina, produjo favorable resultado. Se creyó á los revolucionarios más ricos y más fuertes de lo que realmente eran; en vez de abatir el espíritu de los simpatizadores, los exaltó más.

Oriente conservó su actitud pasiva y resuelta; Camagüey, reha-

cio, se excusaba con la falta de armas y municiones: las Villas, bien; en Matanzas y Jagüey Grande se negaban á esperar.

Los autonomistas aumentaron sus trabajos en contra de la Revolución, tratando de buscar adeptos desanimando y difamando á los revolucionarios.

Juan Gualberto Gómez escribía que no podía contener á la gente de Matanzas, que se proponían reunirse para resolver el alzamiento; Julio Sanguily, desesperado, en varias cartas decía: “ó dan la orden ó me sublevo solo.”

El 28 de Enero, desde New York, Martí ordenó á Collazo, que se hallaba en Tampa, fuera enseguida á aquella ciudad. Este llegó á New York el día 29. Por la noche se reunían en casa de Gonzalo de Quesada.

Martí expuso claramente la situación y los peligros que había en demorar la orden; era peligroso sublevarse sin recursos, pero peor aún era no efectuarlo. Como á las cuatro de la mañana, los cuatro, de acuerdo, resolvieron dar la orden para el alzamiento; órdenes que debían remitirse á Guillermo Moncada, en Santiago de Cuba; á Salvador Cisneros, en Puerto Príncipe; á Masó, en Manzanillo; á Francisco Carrillo, en Remedios, y á Juan Gualberto Gómez en la Habana.

He aquí una de las copias de la referida orden:

“Al ciudadano Juan Gualberto Gómez, y en él á todos los grupos de Occidente:

En vista de la situación propicia y ordenada de los elementos revolucionarios de Cuba, de la demanda perentoria de algunos y el aviso reiterado de peligros de la mayoría de ellos y de medidas tomadas por el exterior para su concurrencia inmediata y ayuda suficiente, y luego de pesar los detalles todos de la situación, á fin de no provocar por una parte, con esperanzas engañosas y ánimo débil una rebelión que después fuera abandonada ó mal servida, ni contribuir por la otra con resoluciones tardías á la explosión desordenada de la rebelión inevitable, los que suscriben, en representación, el uno del Partido Revolucionario Cubano, y el otro con autoridad y poder expreso del General Máximo Gómez, para acordar y comunicar en su nombre desde New York todas las medidas necesarias, de cuyo poder y autoridad da fé el comandante Enrique Collazo, que también suscribe, acuerdan comunicar á usted la resolución siguiente:

Primero.—Se autoriza el alzamiento simultáneo con la mayor simultaneidad posible, de las regiones comprometidas, para la fecha en que la conjunción con la acción del exterior, será ya fácil y favorable; que es durante la segunda quincena y no antes del mes de febrero.

Segundo.—Se considera peligroso y de ningún modo recomendable, todo alzamiento en Oriente, que no lo efectúen á la vez que los de Occidente, y con los mayores posibles en Camagüey y las Villas.

Tercero.—Se asegura el concurso inmediato de los valiosos recursos ya adquiridos y la ayuda continua, incansable, del exterior, de que los firmantes son autores ó testigos y de que con su honor dan fe en la certidumbre de que la emigración entusiasta y compacta tiene hoy la voluntad y capacidad de contribuir á que la guerra sea activa y breve. Actuando desde este instante en acuerdo con estas resoluciones, tomadas en virtud de las demandas expresas y urgentes de la Isla, del conocimiento de las condiciones revolucionarias dentro y fuera del país y de la determinación de no conseguir engaño ó ilusión en medidas á que ha de presidir la más desinteresada vigilancia por la vida de nuestros compatriotas y la oportunidad de sus sacrificios; firmamos reunidos estas resoluciones en New York, en 29 de Enero de 1895.—Firmado.—En nombre del General Gómez, Mayía Rodríguez.—El Delegado del P. R. C., José Martí.—Enrique Collazo.”

Al día siguiente (30), embarcaban en el vapor *Atlas*, para Cabo Haitiano, Martí, Rodríguez y Collazo; Gonzalo de Quesada saldría para Tampa y Key West, desde donde por cable debía girar al doctor Dellundé, en Cabo Haitiano.

Quesada cumplió su cometido; la emigración de la Florida dió lo que se le pedía y algo más; y al llegar á Cabo Haitiano encontraron en poder de Dellundé el dinero pedido.

Al oscurecer del mismo día, seis de febrero de 1895, embarcaban en un bote para Monte Cristi, Martí y Collazo llevando á Angel Guerra, que se les había incorporado. Al amanecer del día 7 estaban en Monte Cristi y se reunían al General Gómez.

Este aprobó en todas sus partes la determinación tomada el 29 de Enero, y dió principio á los trabajos para estar listos tan pronto como se recibiera de New York la fecha fijada en Cuba para la sublevación: el mismo día que salía para Santo Domingo Mayía Rodríguez con instrucciones del General Gómez, llegó el General Francisco Borrero.

A mediados de Febrero recibimos noticias de New York, avisando que todas las órdenes se habían entregado; que la fecha fijada era el 24 de Febrero y un cablegrama de Juan G. Gómez que decía: “Giros aceptados”, lo que significaba que todo estaba dispuesto.

El conductor de las órdenes á Guillermo Moncada y Bartolomé Masó, había sido Manuel de la Cruz, á quien se las remitió Gonzalo de Quesada desde Key West.

El General Gómez mandó con pliegos á Santiago de Cuba, á Pablo Borrero, que fué preso. Mayía Rodríguez llegó de Santo Domingo el 25, con la noticia de que se habían sublevado en Cuba el día 24 de Febrero.

Las noticias que trajo Mayía hicieron que se reuniera una Junta en que, á pesar de la resistencia de Martí, se resolvió que éste embarcara para New York.



Desgraciadamente, al siguiente día se recibieron noticias de New York. El *Herald* de aquella ciudad, publicaba un telegrama de la Florida, firmado por Fernando Figueredo, en que se aseguraba que Gómez, Martí y Collazo irían inmediatamente á Cuba. Este telegrama dió en tierra con el plan de Gómez, y desde ese momento fué imposible detener á Martí.

Se resolvió, en vista de la resolución de Martí, que éste y el General Gómez, saldrían para Cuba, que Mayía Rodríguez saliese para Santo Domingo, y Mantilla y Collazo embarcaran para New York, el último con instrucciones para desembarcar en Vuelta Abajo. Embarcaron éstos en el *Clyde*, que los dejó en New York el 27 de Marzo de 1895.

En ausencia de Martí, quedaba el Partido Revolucionario sin dirección. Benjamín Guerra no tenía condiciones para sustituir al Maestro; á que lo fuera Gonzalo de Quesada se oponía tenazmente Guerra, que lo conceptuaba demasiado joven para puesto de tanta responsabilidad.

Mantilla fué despachado para Key West, y Collazo para Tampa, con la orden de marchar á sublevar la Vuelta Abajo, como ordenaba el General Gómez en su comunicación fechada en Monte Christi el día 10 de Marzo de 1895.

El alzamiento produjo en el extranjero extraordinario entusiasmo; los tabaqueros estaban orgullosos de haber confiado en Martí; sus esperanzas en el triunfo se aumentaban; les parecían pocos los sacrificios hechos; las listas de los expedicionarios aumentaban, todos tenían prisa por llegar.

La mujer cubana sentía el mismo entusiasmo; las madres se enorgullecían al ver á sus hijos marchar á cumplir con su deber; la esposa, la novia, indicaban al marido ó al novio el camino del honor; no pesaban su sacrificio, su abandono, la miseria que les aguardaba el porvenir; ellas trabajarían para concurrir á la obra común. De la Isla empezaban á salir unos por miedo, algunos por vergüenza, muchos por patriotismo; había quien dudase mientras Gómez, Martí y Maceo estuvieran fuera.

En España se sorprendieron primero, se indignaron luego. El entusiasmo les obligaba á terminar pronto; Cánovas los avivaba. "El último hombre y la última peseta, pero á vencer." Cuarenta barcos á Cuba, refuerzos inmediatos; su mejor General: Martínez Campos. Todo el esfuerzo posible se hizo rápidamente.

---

1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21  
22  
23  
24  
25  
26  
27  
28  
29  
30  
31  
32  
33  
34  
35  
36  
37  
38  
39  
40  
41  
42  
43  
44  
45  
46  
47  
48  
49  
50  
51  
52  
53  
54  
55  
56  
57  
58  
59  
60  
61  
62  
63  
64  
65  
66  
67  
68  
69  
70  
71  
72  
73  
74  
75  
76  
77  
78  
79  
80  
81  
82  
83  
84  
85  
86  
87  
88  
89  
90  
91  
92  
93  
94  
95  
96  
97  
98  
99  
100

1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21  
22  
23  
24  
25  
26  
27  
28  
29  
30  
31  
32  
33  
34  
35  
36  
37  
38  
39  
40  
41  
42  
43  
44  
45  
46  
47  
48  
49  
50  
51  
52  
53  
54  
55  
56  
57  
58  
59  
60  
61  
62  
63  
64  
65  
66  
67  
68  
69  
70  
71  
72  
73  
74  
75  
76  
77  
78  
79  
80  
81  
82  
83  
84  
85  
86  
87  
88  
89  
90  
91  
92  
93  
94  
95  
96  
97  
98  
99  
100